



Caramelos, tebeos, discos..., los niños fueron obsequiados por el «ídolo de la juventud», Johnny Hallyday. «Si ce el empresario— me habrían destrozado el teatro...» Fueron incansables y tenaces. Tiernos y crueles niños

JOHNNY HALLYDAY

HA sido el twist más extraordinario de toda mi vida», exclamó Johnny Hallyday, y se desplomó sobre el asiento de su camerino, absolutamente derregado. Tenía los cabellos húmedos de sudor, la camisa empapada, y el corazón le latía apresuradamente. Se sujetó las sienes que parecían querer escapársele de la frente... Sí, había sido el mejor twist de toda su carrera, el más delirante, arrollador y fascinante twist de su vida..., pero ¡a qué precio! Ahí estaba en su camerino del Olympia agotado y enfebrecido. ¿Qué público había exigido tanto esfuerzo a Hallyday?

Niños, sí señor, niños. De ocho a doce años. Ahí es nada: niños vociferantes que han hecho llegar a Johnny hasta el límite de sus facultades físicas. Niños incansables y tenaces. Tiernos y crueles niños que no daban tregua al joven cantante. Pérfidos y encantadores niños que han sacado de quicio la moderada y profesionalizada excitación de todo twisteador que se precie de tal. Pero Johnny Hallyday ha salido triunfante. Se ha enfrentado con la más dura experiencia de su vida —él lo confiesa—: poner a muchos grados de presión los ánimos de tres mil chicos sedientos de twist...

Cuando Hallyday tuvo la imprudencia de preguntar «si habría en la sala tres o cuatro muchachos que quisieran subir a bailar el twist con él», más de doscientos niños se precipitaron al escenario...



estos niños hubieran sido un poco más fuertes —dice que no dieron tregua al popular intérprete.

En la primera sesión de la tarde de un día cualquiera, a la entrada del teatro Olympia de París, tres mil muchachos de 8 a 12 años guardan cola para asistir al recital gratuito que les ofrece Johnny Hallyday.

CANTA Y BAILA PARA 3.000 NIÑOS

La sesión fue un día cualquiera a primera hora de la tarde. Bruno Coquatrix, director del Olympia, se lo sugirió a Hallyday: ¿Por qué no hacemos una velada para tres mil chavales que hayan nacido entre 1950 y 1955? ¡Espléndido! —respondió Johnny—; a esa edad se olvida siempre a los pobres chicos. Por una vez, tendrán su revancha.

Y se pusieron manos a la obra. Las localidades serían absolutamente gratuitas. ¡Qué cola se formó a la entrada del Olympia! Los encargados del orden público estaban aterrizados ante la avalancha infantil: «No hay nada que hacer con

estos crios: imposible de tenerlos quietos; se te escapan, literalmente, entre las piernas.» Incluso Johnny Hallyday, acostumbrado como nadie a los desbordamientos de entusiasmo, se quedó petrificado cuando tuvo la imprudencia de preguntar «si no habría en la sala tres o cuatro muchachos que quisieran subir al escenario a bailar el twist con él...» Aquello fue inenarrable: de golpe, la sala entera se puso en pie y, a duras penas, doscientos muchachos —200— prepararon hasta el escenario.

El director del Olympia está ya acostumbrado a semejantes demostraciones de entusiasmo colectivo; es más, se ha habituado a que después

de cada sesión de este tipo aparezcan bastantes butacas destrozadas. Por ello pensó organizar este espectáculo para niños de ocho a doce años en vez de para adolescentes. Sin embargo, Bruno Coquatrix asegura que si estos niños hubieran sido un poco más fuertes no habrían dejado ni una sola butaca disponible...

Los crios fueron obsequiados con caramelos, tebeos y discos de Hallyday: tal era el regalo de Navidad que Johnny les ofrecía...

Fotos ALAIN RETSIN
Servicio exclusivo de EUROPRESS